

[Carta para Gerardo Molina]

Bogotá, 16 de junio de 1982

Doctor
Gerardo Molina
Bogotá

Respetado maestro^A:

Durante el pasado debate electoral los colombianos presenciamos el espectáculo de un hombre que hablaba de sus convicciones políticas y creo que nadie ignoraba que él había alimentado esas convicciones por más de medio siglo. Todos podían medir el contraste entre un discurso razonado cuya mejor virtud, viniendo de un hombre de izquierda, era la de buscar la persuasión, y los argumentos más o menos circunstanciales de un juego político convencional y que no podía ofrecer mayores sorpresas. Dados los resultados del debate, solo queda desear que este haya sido uno de los últimos episodios de un realismo político un poco cínico al cual los colombianos en ausencia de alternativas políticas reales, nos hemos ido acostumbrando.

No creo equivocarme si aventuro que la mayoría del pueblo colombiano es consciente de que el ascenso del de un candidato conservador a la presidencia de la República no representa un divorcio en los tejemanejes del poder establecidos por una clase política hace cerca de un cuarto de siglo. A lo sumo, aunque no debería minimizarse tampoco este hecho, los colombianos expresaron una voluntad de cambio, así el cambio que se haya prometido solo satisfaga el deseo epidérmico de deshacerse de una arrogancia obesa y satisfecha del poder. Ahora, parecería que el estilo vaya a cambiar y en lugar de aquellos que se han asomado al poder con la avidez y el asombro del que contempla por primera vez la cueva de Alí Baba, tengamos una dosis de sensatez y de sentido de las proporciones.

¿Pero es esto suficiente? Cualquiera que contemple desprevenidamente el panorama nacional tiene razones para angustiarse. En América Latina hemos visto desde el decenio pasado desintegrarse naciones mucho más optimistas y con mejores pers-

A La fecha, el destinatario y el contenido de la carta —que no se encuentra firmada y que tiene muchas correcciones: tachaduras con “X” y sobre escritos en máquina sobre la propia copia original, lo que indica que se trata de una primera o única redacción—, aclara perfectamente el contexto. Es la carta de un demócrata socialista para otro, y hace relación a la política colombiana, a la necesidad de reforma de la sociedad, y a las elecciones políticas del momento. Son tres páginas y media escritas en máquina, en papel oficio, y no sabemos si la carta fue enviada. Pero contiene observaciones que vale la pena conocer. Además nos permite mencionar el inmenso respeto y admiración que el doctor Gerardo Molina concitaba entre las gentes de izquierda democrática, admiración que era, además, un homenaje por su obra educativa e intelectual, y un reconocimiento a esa variedad ya en vías de desaparición en esos años: la de los políticos coherentes, consecuentes y honrados. Porque, aunque pueda sorprender a un joven de hoy en día, en Colombia ha habido en sus dos siglos de vida republicana algunos políticos honrados.

pectivas que Colombia. A estas alturas, no creo que sea una meramente una aprehensión de los intelectuales la noción de que en estos países el pacto social primario solía estar en pánicos por la intervención de fuerzas y de intereses externos. Una curiosa contraposición del siglo XIX entre civilización y barbarie parece haber invertido sus términos para hacer de las grandes concentraciones urbanas un caos inmanejable y obligarnos a explorar en las sociedades campesinas las raíces de una civilización.

Frente a situaciones extremas de desintegración nacional, el caso colombiano da pábulo para cierto optimismo. Hemos visto renacer, como en los días de junio de 1929, una resistencia civil frente a las alarmas pretoriales. Los partidos han planteado una nueva ecuación que no traduce su sujeción a los patrones generalizados en el continente patrón-cliente. Pero los signos adversos no pueden ocultarse. Un escritor antillano, que se acoge a la tradición literaria europea y se refugia en ella contra el pánico político, V. S. Naipaul, llama a estos países sociedades a medio hacer, en donde, según las palabras de Joseph Conrad, "... la vida parecería indescriptiblemente vacía de algo que agitara el pensamiento, tocara el corazón o diera una señal de la ominosa secuencia de los días... una tierra sin recuerdos, remordimientos ni esperanzas...!" y en donde, naturalmente, cualquier cosa puede ocurrir por la falta de un designio o simplemente porque se sustituye la comprensión por el deseo avieso del despojo.

Pese al convencionalismo de los titulares de la prensa, nadie siente hoy en Colombia que haya "caído" el partido liberal. Pese a que el Estado, con una maraña infinita de relaciones de clientela, sustenta a una parte considerable de la población y, dentro de un concepto patrimonial que hemos heredado de la colonia, exalta a unos pocos y los hace ricos y a otros los convierte en delincuentes honorables, nadie parece sentir la inseguridad que acompañaba todo cambio político hace apenas medio siglo. El país parece reposar en su maquinaria política "sin recuerdos, sin remordimientos, sin esperanzas". De una manera extraña parece que nos hayamos sustraído a la historia, a cualquier posibilidad, por remota que sea, de un cambio. Parece que fuéramos un Tíbet andino, en donde se perpetúan rituales extraños, a veces sangrientos, sin un propósito ostensible. Algunas manifestaciones políticas en los años recientes más parecen una celebración monótona o un holocausto propiciatorio, llenos de la "vanidad desesperada de la ignorancia" de la que habla el mismo Conrad, que hace una oposición consciente de las futuras responsabilidades del poder.

El manejo del poder no ha tenido oposición por un cuarto de siglo en Colombia. Esto no quiere decir que hayamos tenido una dictadura pues el sistema político partió de un arreglo constitucional que se convirtió, con el correr de los años, en un tejido inextricable de relaciones entre el Estado y la sociedad civil. Si esta, en un mundo rural, poseía sus propias relaciones de subordinación, con la liquidación violenta de ese mundo subsumió dentro del Estado y la clase política que actúa permanentemente en él, esas relaciones. Aunque en apariencia el Estado suprime la instancia personal de las relaciones rurales patrón-cliente, lo cierto es que la clase política no ha hecho

sino trasladar este tipo de relación al enquistarse como usufructuaria del Estado. No es un accidente que la clase política se doble en negociantes o que incluya mercaderes por oficio ancestral. Aún en sus exponentes con ambiciones más elevadas es casi imposible discernir la actividad política de la actividad mercantil. Por esto la política como tal, con sus riesgos e incertidumbres, que resultan malos para los negocios, ha sido suprimida. La actividad económica misma ha abandonado toda preocupación productiva para favorecer actividades especulativas, que proporcionan un enriquecimiento rápido y una enorme concentración de riqueza.

Como resultado de la liquidación de un juego político, es decir, de la posibilidad de adoptar una alternativa real, la capacidad renovadora del Estado ha desaparecido. Ahora, este sólo alimenta la sicología propia de los juegos de azar, en la que cada individuo hace una apuesta y la repite indefinida y febrilmente, cada vez más ansioso, cada vez más desesperado. Aparentemente el juego ofrece remota oportunidad de ganar, así esté controlado por gariteros (o ¿sería mejor decir *croupiers*?) profesionales.

Frente a este arreglo, en el que las posibilidades de acción personal o colectiva consentidas por las instituciones han sido limitadas severamente, parecería muy difícil señalar el papel de una oposición civilizada, con opciones reales de llegar a la conducción del Estado. Curiosamente, la izquierda ha sido siempre consciente de que representa el descontento de la mayoría de los colombianos. Pero muchos hombres de izquierda nos hemos sentido siempre [hay una corrección sobre el renglón... “nos sentimos en el decenio pasado”] desconcertados ante el hecho de que una multitud de pequeños líderes, generalmente extraídos de la pequeña burguesía, sientan tanto desprecio por lo que ellos denominan el atraso político de las masas. Parecería como si la comprensión intelectual de una teoría política, fácilmente reducida a una jerga con matices cuasi teológicos sirviera solamente [sobre escrito en la parte superior del renglón: “hubiera servido”] para distanciarlos y convertirlos en personeros incomprendidos de una verdad que escapa al común de las masas. Sin embargo, dentro de su propia jerga estas son el cuerpo místico con el que debe moldearse a imagen y semejanza de la verdad que ellos que solo ellos poseen. Hoy, el doctrinarismo fanático de hace algunos años ha dado paso a un sopor ideológico en el que solo encuentran justificación los actos más desesperados. A la teología sutil, que presuntamente servía para descalificar como “pequeño burgués” todo signo de rebeldía contra una conducción carismática, ha sucedido un irracionalismo que solo exhibe la teatralidad del acto puro, con un contenido ideológico, que no se diferencia en nada de lo que podría ser un programa liberal.

Una de las víctimas más obvias de este desconcierto ideológico y político ha sido la universidad pública. Allí se ha perpetuado un ritual en el que, simbólicamente, se finge una lucha de clases. Las aspiraciones propias de sectores medios en ascenso, que buscan un entrenamiento profesional, se ven enfrentadas por la urgencia de futuros cuadros políticos, con no menos aspiraciones de ascenso, que hacen confusos

llamamientos a una revolución mundial. Este ritual ha quedado enquistado desde finales de los años sesenta en sitios más o menos inaccesibles de los Andes a las corrientes de pensamiento como Chuquisaca, Cuzco y Bogotá. Entre tanto, toda una generación de profesores universitarios pagados por el Estado contribuye, mediante una pequeña remuneración, el éxito innegable, tanto financiero como académico, de las universidades privadas. La universidad [pública] que podría contribuir a proporcionar una cierta lucidez, se ha convertido en una tarea imposible, en unas corralejas que remedan todos los abusos y la ineficacia del resto del cuerpo social.

Todo este cuadro lleva a la conclusión de que la izquierda debería incorporarse a un juego político en los términos que sugieren las necesidades reales del país. Antes que convertirse en un extraño concilio en el que se define la pureza de la ortodoxia y en donde llueven excomuniones, la izquierda debería cultivar una vocación democrática e interesarse menos por los textos sagrados que en el conocimiento real de las condiciones del país. Aquí suelo ocurrir que una cierta generación adolescente, innegablemente vanidosa, suele tomar demasiado en serio las condiciones absolutas de aquellos maestros traducidos en la Argentina que, desde la cátedra parisinas, han pensado en todas las realidades de un distante Tercer Mundo. El tercermundismo del *quartier latin* es algo que llega como un eco distorsionado en traducciones bárbaras y que resulta más familiar a los adolescentes que entran a la universidad que las indefinibles realidades de su provincia o aldea. De esta manera, la política de la izquierda se convierte en una inmersión superficial en alguna moda intelectual que, llegada trabajosamente al Tíbet andino, nunca pasa de moda.

Este fracaso de la universidad resulta tanto más lamentable cuanto que el país ha vivido, más que muchos otros, encerrado en sí mismo y, según testimonio del mismo presidente de la República, se ha detenido al borde de los abismos solo por la intervención del Corazón de Jesús. La pesadilla de años de violencia política estuvo acompañada de una curiosa incompreensión intelectual, de una imprevención absoluta para entender los mecanismos sociales y económicos que desquiciaban a las sociedades rurales tradicionales en nuestro [¿medio?] siglo. Hoy, fenómenos mucho más complejos se reducen a esquemas elementales, a adaptaciones superficiales en las que solo se agarra la jerga y nunca el método o el rigor del pensamiento, en fin, a un proceso de colonización de la inteligencia.

El proceso electoral y su resultado parece liquidar [sobre escrito: “exorcizar”] un viejo fantasma de la política colombiana. Por eso, podría pensarse que los partidos tradicionales cumplirán en adelante el papel que se les asigna en una sociedad democrática. Sin embargo, sabemos que esto no ocurrirá. El juego político está mutilado por el hecho de que el partido liberal, es decir, su maquinaria política, no se ha caído. En vez de idear opciones, o trabajar desde la derrota en oposición vigilante y creadora, la clase política liberal está atenta a los despojos del Estado.